

EL MAGNÍFICAT: UNA RE-ESTRUCTURACIÓN SIN REVANCHA

P. Gregory Kennedy, SJ*

Resumen:

El Magníficat de María no se debe escuchar como un himno de venganza, sino como una invitación a re-estructurar tanto la sociedad, como la Vida Consagrada, sin buscar la humillación o sumisión de los anteriormente potentes. El himno elogia la igualdad de condiciones; no pretende llenar los puestos poderosos con los débiles, sino, crear estructuras en las que nadie domine a otros. Un ejemplo instructivo es la *revolución tranquila* de Quebec, Canadá, de la cual la VC puede aprender.

Del tono depende mucho el significado de cualquier palabra expresada. El sarcasmo puede envenenar un halago y volverlo mortal. Una narración supuestamente seria se convierte en un chiste con una sonrisa suprimida y una inflexión insinuadora de la voz del narrador. Frases consoladoras quedan congeladas en el aire, si no van acompañadas de la sinceridad compasiva que refleja el rostro y el cuerpo del interlocutor. Dado que, una buena parte de la comunicación nos llega por medio de las palabras, pero

* Después de obtener un doctorado en filosofía de la Universidad de Ottawa, y una maestría en teología de la Pontificia Universidad Javeriana (Bogotá), Gregory actualmente trabaja en el Ignatius Jesuit Centre, ubicado en Guelph, Canadá, donde se intenta integrar la espiritualidad ignaciana, la agricultura ecológica y la restauración del bosque nativo.

la más significativa o aquella que leemos pasa a través del lenguaje corporal, de la expresión de las manos, de la mirada y giros no verbales de la lengua, la hermenéutica bíblica cojeará si se contenta con el “qué” de lo dicho e ignora el cómo.

Por eso, es preciso preguntarse cómo se dijeron las numerosas líneas de diálogo que encontramos en la Biblia. Tomemos, por ejemplo, el Magníficat de María en el Evangelio de Lucas 1, 46-55. ¿De qué manera proclamó ella este famoso himno sobre el poder de Dios? ¿Cómo la vemos y la oímos con nuestros sentidos imaginativos? Si la veo alzando el puño, con rostro desafiante, gritando a los ausentes ricos, soberbios y potentados, escucharé su mensaje de un modo diferente al otro caso en que, la veo sentada en una condición sumisa, soñando en voz alta con los cambios sociales tan deseados.

¹ Por ejemplo, Luis Alonso Schökel escribe:

“En el Magníficat, Lucas constata cómo mientras los grandes y poderosos se esfuerzan por conducir la historia bajo los criterios del poder, del tener y del dominio, dejando de lado una estela de empobrecidos, de marginados y excluidos, Dios va realizando su acción en el mundo, justamente a través de estas ‘sobras’ que deja la sociedad estructuralmente injusta; por esto precisamente, el cántico de María es revolucionario, porque al reflejar las convicciones de un alma libre y liberada invita también a una auténtica liberación, liberación de unas estructuras injustas que por y en nombre de Dios mantienen al pueblo sumido en la discriminación, el hambre y el abandono.” (*La biblia de nuestro pueblo*). Bilbao: Ediciones Mesanjero, 2011. p. 1622.

Vea también Elizabeth Johnston, *Truly our Sister: A Theology of Mary in the Communion of Saints*. New York: Continuum International Publishing, 2003.

Según algunos exégetas¹, el Magníficat evidencia el carácter fuerte de una mujer que no soporta el *estatus quo* y se opone a la injusticia estructural de una sociedad represora. Aquí no se trata de una jovencita callada, tímida e inocente, ante los grandes defectos sociales de la cultura en la que nació. Al contrario, se revela como una mujer luchadora, consciente de su posición económica desventajada, pero no resignada. No cree en la narrativa de que los poderosos y prósperos son los predilectos. Cree más bien, que si los oprimidos todavía sufren por causa de los privilegios de otros, el vuelco está por darse pronto.

A mí me cae bien la tal María, madre de un Mesías que se atrevía a plantear un orden social alternativo, basado en la igualdad de condiciones ante Dios-Padre y en solidaridad universal. De hecho, no me suena estridente la voz de esa revolucionaria. No

percibo ningún rastro de regodeo mientras habla de la inversión del poder que, de repente, coloca los de abajo arriba y los de arriba abajo. Al declarar que Dios “desbarata los planes de los soberbios”, no está sonriendo satisfecha e imperiosa, en mi imaginación. Más bien, la veo solemne, reflexiva, y un poco asombrada por la magnitud de lo sucedido.

Pues, mi María imaginada es suficientemente lista para saber que una mera inversión de los poderes, en el cual se quita la potestad a unos y se da sin más a otros, no vale la pena, porque, no cambiaría nada. Ni los ricos, ni los pobres, pertenecen a distintas especies ontológicas, cuyos miembros poseen una esencia definitiva, que les asigna invariablemente a su grupo. En realidad, los ricos son ricos solamente porque disfrutan, quizás inconscientemente, de ciertos privilegios económicos y sociales que los pobres carecen. Una vez perdidos dichos privilegios, los ricos ya no lo son. Se vuelven pobres auténticos. Como prueba de esto se encuentran los refugiados de clase alta de cualquier época, forzados a dejarlo todo, para salvar la vida. Llegan al extranjero sin nada, sin derechos, sin conexiones, sin ni

siquiera educación en los casos donde el nuevo país no reconoce los títulos obtenidos en el país de origen. Antes eran profesionales, médicos, abogados, académicos, o aristócratas, pero ahora, venden en las calles o las recorren todo el día, como taxistas. Son las circunstancias, no las características inherentes o innatas, las que crean a los ricos y a los pobres. Sobra decir, que las circunstancias cambian.

Entonces, nos conviene no imaginar a María cantando su Magníficat con deleite de humillación por los privilegiados, porque resultaría únicamente, un himno de venganza. Afortunadamente, así no es. La alegría de María no brota de ser testigo del fracaso de los anteriormente exitosos, tampoco surge del ver a los despreciados tomar las riendas del poder y azotar despiadadamente a sus recientes opresores. Más bien, su júbilo proviene del establecimiento de un nuevo orden, de un modo inaudito de convivir sin ganadores y perdedores. Simplemente, el Magníficat anticipa el Reino de Dios, gobernado en amor, fraternidad, e igualdad, donde los estratos sociales, dejan de oprimir a la gente y desaparecen.

Si escuchamos la voz de María de esta manera, podemos compartir su gozo al advertir la situación actual de la Vida Consagrada en el occidente. En muchos lugares va perdiendo su prestigio, su privilegio y su poder. Aunque pertenecer a una comunidad religiosa todavía concede un cierto estatus dentro de América Latina. Afuera, en América del Norte, por ejemplo, ser monja, sacerdote, hermana o hermano, ya no trae nada especial. Es más, en bastantes contextos las/os religiosas/os son vistos de manera ridícula, dan pena a la gente normal, productiva y equilibrada psicológicamente.

Dado que el Magníficat no es un himno de venganza, no se debe entender el cambio de roles como una simple inversión de poderes y privilegios, que acaban por mantener las clases distintas y combativas. Es menester, comprenderlo como una invitación a algo nuevo. A la VC, nos invita a abrazar la emancipación de las circunstancias que nos han vuelto poderosas/os, aun sin quererlo. La carencia del sentido vengativo del Magníficat, nos asegura que la disminución de los privilegios que nos aíslan involuntariamente de los demás, resulta saludable para la VC y, probablemente coincide

mejor con la figura del Reino vislumbrada en los Evangelios.

Por supuesto, los cambios nos cuestan. Tendemos a consagrar las circunstancias ya establecidas, sobre todo si parecen favorecernos, concluyendo que tal orden se fijó por la divina voluntad inmutable. Pero si hay algo claro en el Magníficat es que Dios se toma la molestia de transformar situaciones estancadas, donde las salidas se han ido cerrando, hasta que sólo un revés, bastante radical, pueda lograr rescatar a los involucrados. La invitación ofrecida tiene una doble cara: para los que ven sus privilegios reducidos, consiste en no tomar los cambios como una desgracia, sino como un tipo de curación. Y para los que quedan liberados por la novedad, no caer ciegamente en la misma trampa abusiva que atrapaba a los poderosos de ayer.

En Canadá, el Magníficat se realizó de manera imprevista en la llamada *revolución tranquila* (o *silenciosa*), cuando la Iglesia Católica, siendo el factor social y político más potente en la provincia de Quebec, súbitamente quedó abandonada. Dentro de una generación, la asistencia a las Eucaristías dominicales cayó

de un 90% a un 6%², la cifra más baja en el occidente. Según una encuesta, apenas el 11 por ciento de la población de Quebec saben los nombres de los cuatro evangelistas: Mateo, Marcos, Lucas y Juan.³ No obstante habitan 9.256 religiosas/os en Quebec, un número que representa el 70 por ciento de la población Consagrada en Canadá, ni siquiera el 6 por ciento de ellas/os tienen menos 60 años⁴. Llevo once años como jesuita y durante todo este tiempo han entrado solo dos novicios de Canadá, a la provincia francesa. Se fue uno. Esta es una de las provincias de la Compañía más grandes desde antaño.

Cito tantas cifras grises no para desmoralizarnos, sino para escuchar la invitación escondida en esta versión del Magnificat. Al preguntarse ¿qué provocó semejante caída tan brusca?, el historiador descubre elementos diversos. La explicación más simple y repetitiva es, echar toda la culpa al abuso de poder de la Iglesia triunfalista, que dominaba metódicamente la sociedad en-

tera *québécoise* (quebequense), metiéndose en todo: lo político, lo económico, la educación, la moral, la censura, la disciplina social. Mientras que, durante mucho tiempo, la Iglesia de Quebec sometía al Estado a su autoridad, la *revolución tranquila* señalaba el rechazo de esta sumisión. Según esta narración, la secularización veloz y violenta de Quebec se puede interpretar como una venganza de la gente que se libera contra su tirano.

Afortunadamente, la historia no se narra tan fácil y unidimensionalmente. Resulta que el espíritu de democratización, justicia, reforma, y apertura, que fomentaban los cambios sociales en Quebec, se originaron en la misma Iglesia. Los jóvenes católicos, inspirados por la doctrina social de la Iglesia y el fermento creativo y creciente del Concilio Vaticano II, aplicaron los cambios a su propio ambiente. En buena parte, la re-configuración, digamos, la re-estructuración de la situación de la Iglesia, se debía a la voluntad reformativa y a las con-

² Konrad Yakabuski, “Neither practising nor believing, but Catholic even so”, en *The Globe and Mail*, August 14, 2009. <https://beta.theglobeandmail.com/globe-debate/never-practising-nor-believing-but-catholic-even-so/article4329828/> consultado 28/09/2017.

³ *ibid*

⁴ Conferencia de Religiosos Canadienses. <http://www.crc-canada.org/en/who-are-we/statistics/>. Consultado 29/09/17.

vicciones de justicia social que iban surgiendo dentro de muchas corrientes católicas.

Pero si la misma Iglesia, o una parte de ella, facilitaba la separación eclesiástica del Gobierno y promovía una secularización saludable, entonces ¿por qué el abandono casi completo de una estructura capaz de empujar su propia renovación? ¿Cómo acabó una re-estructuración parcialmente autogenerada, en un rechazo casi absoluto de sí misma?

Es posible que, en el fondo de la re-estructuración interna, existiera una falsa interpretación de la revolución del Magníficat, una interpretación que apreciara la revancha, la humillación del antiguo poderoso, el regodeo por los privilegios ajenos perdidos. Jeffrey Metcalfe muestra que la transformación eclesial y social, soñada por los católicos progresistas, acabó no desmontando la fe, porque los progresistas eran demasiado pugnaces.

Como nota Michael Gauvreau, eventualmente, “tachar a sectores numerosos

de católicos como no cristianos, en el nombre de una religión más pura y más atenta a lo social, alienó, efectivamente, de una manera permanente, a grandes segmentos de los *québécois* francófonos de las instituciones de la Iglesia”. Mientras la nueva elite social, de quienes muchos se habían formado en las organizaciones juveniles de la Acción Católica, condenaba la piedad popular y las interpretaciones eclesiásticas del catolicismo tradicional practicado por la mayoría de las mujeres y trabajadores, el resultado a largo plazo no fue el abrazo amplio del catolicismo progresivo, sino un abandono del compromiso formal a la Iglesia, más la sublimación de la identidad *québécoise* en el nacionalismo secular⁵.

Así fue el destino de un Magníficat de venganza. Cualquier re-estructuración debe procurar solidificar la solidaridad, no engendrar enemigos. Eso no quiere decir que, se diluya la radicalidad

⁵ Jeffrey Metcalfe, “The Quiet Revolution and the Church: A Cultural Schism with Intra-Catholic Origins”, *Catholic Commons*, December 15, 2012. <https://catholiccommons.wordpress.com/2012/12/15/the-quiet-revolution-and-the-church/>. Consultado 03/10/17. Traducido por Gregory Kennedy

de los cambios necesarios, ni que se deje de luchar para evitar rozamientos y mantener una paz ilusoria. No, para lograr las transformaciones sociales elogiadas por María hay que, buscar nuevas hermenéuticas, otras perspectivas, miradas creativas e inclusivas. Este esfuerzo requiere del cuidado y cariño hacia la/el otra/o, aun por la/el privilegiada/o. Aquí se oye la invitación, poco fácil de aceptar, del Magnificat.

En conclusión, si el himno de María tiene algún rastro de triunfalismo, se encuentra en su humildad transformadora, la cual le enseña a la VC a recibir con agradecimiento, creativo e in-

ventivo, la atenuación de poder, privilegio, estatus, comodidad y otros “bienes”, que nos apartan de la gente menos favorecida. Al mismo tiempo, el tono de María, mientras canta cosas impactantes, es suave y dulce. Ella no tiene intención de humillar a nadie, no quiere aplastar a aquellos que, hace poco, pisaban fuerte, no sueña con sustituirse a sí misma, una pobre, por ese “*man*”, el rico genérico, injusto, o simplemente apático. Que esta humildad, honesta y contundente, emancipe toda estructura y toda re-estructuración de la VC, desde Quebec hasta Colombia, desde Irlanda hasta Argentina.